Teología Natural 2: Agnosticismo

La posibilidad de desarrollar una teología natural es rechazada tanto por quien niega que Dios exista (ateísmo) como por quien niega que nuestra razón pueda resolver la cuestión de la existencia de Dios (agnosticismo). ¿Cuáles son las razones que llevan al agnóstico a tener desconfianza en el uso metafísico de la razón para hablar de Dios?

El término *agnosticismo* fue acuñado por Thomas Huxley (biólogo y filósofo británico) en el siglo XIX para oponerse a toda presunción de conocimiento (gnosis) en torno a las cosas divinas: el agnóstico rechaza que se pueda probar tanto que Dios existe como que no existe. El juicio en torno a la cuestión queda simplemente en suspenso. Se trata de una idea antigua, que había sido muy bien expresada por Protágoras:

> Sobre los dioses, no puedo tener la certeza de que existen ni de que no existen ni tampoco de cómo son en su forma externa. Ya que son muchos los factores que me lo impiden: la imprecisión del asunto así como la brevedad de la vida humana.[1]

Como se ve, hablando del agnosticismo no nos referimos a quien no quiere complicarse la vida, carece de certeza sobre la cuestión de Dios pero tampoco la persigue. En estos casos es mejor hablar de

---

[1] Fragmento 80 B 4, tr. en MELERO BELLIDO (ed.), *Sofistas*, p. 120.

indiferentismo. El agnosticismo es más bien una posición filosófica, que deriva de una tesis acerca del alcance de la razón humana. De todos modos, quien piensa que Dios no se puede conocer acaba considerando al creyente como alguien que se engaña a sí mismo o engaña a otros. No es de extrañar, por tanto, que el agnosticismo se revista a veces de tintes radicales, convirtiéndose en un agnosticismo militante.

Sobre la **difusión de la mentalidad agnóstica** es necesario saber que son muy variados los factores que han favorecido la difusión de esta mentalidad. Uno de los motivos por los que la expresión *agnóstico* tuvo un rápido éxito en Inglaterra es que, comparado con *ateo*, parecía un modo más respetable de presentarse en la sociedad victoriana, pues para la sensibilidad de la época *ateo* sonaba a revolucionario, con excesivas connotaciones de ilegalidad e inmoralidad.

En cualquier caso, a pesar de que pueda estar favorecido por muchas otras circunstancias, el fenómeno del agnosticismo tiene su origen especulativo en la concepción empirista del conocimiento humano, que tuvo una gran importancia en la formación de la tesis kantiana de los límites de nuestro conocimiento y de su incapacidad de hablar de Dios.

Como se sabe, Kant, que había sido despertado por Hume de su *sueño dogmático*, desarrolló su teoría de los límites de la razón pura

de un modo que se convirtió en punto de partida para muchos filósofos de las generaciones sucesivas.

Para comprender el efecto devastador que tuvo la concepción humeana del conocimiento humano basta leer las palabras con las que termina su *Investigación sobre el conocimiento humano*. En ellas manifiesta su total rechazo de la metafísica, en cuanto que sus proposiciones no son semejantes a las de las matemáticas ni a los razonamientos experimentales, únicas formas de conocimiento que Hume acepta:

> Si procediéramos a revisar las bibliotecas convencidos de estos principios, ¡qué estragos no haríamos! Si cogemos cualquier volumen de teología o metafísica escolástica, por ejemplo, preguntemos: ¿Contiene algún razonamiento abstracto sobre la cantidad y el número? No. ¿Contiene algún razonamiento experimental acerca de cuestiones de hecho o existencia? No. Tírese entonces a las llamas, pues no puede contener más que sofistería e ilusión.[2]

La quema de libros metafísicos, o al menos su desaparición del horizonte cultural, se ejecutó de un modo radical en el proyecto ilustrado de la *Encyclopédie* (1751-1772), dirigida por Diderot y d'Alembert, y en el pensamiento de Augusto Comte, que propuso la distinción de tres estados en el desarrollo de la Humanidad. Tras las

---

[2] HUME, *Investigaciones sobre el conocimiento humano*, p. 192

edades teológica y metafísica, se alcanzaría la edad positiva, pasando así de la infancia a la madurez de la razón.

Pero la difusión del agnosticismo en la cultura occidental deriva sobre todo del cientificismo que surgió en Centroeuropa entre las dos guerras mundiales. Desde el inicio del siglo XX se había empezado a desarrollar un modo de pensar caracterizado por un cientificismo radical y la consiguiente actitud antimetafísica, que se concretó a partir de 1929 en el llamado Círculo de Viena, cuyos representantes más conocidos fueron Moritz Schlick y Rudolf Carnap.

Su modo de hacer filosofía intenta mantener un carácter científico, imitando la claridad y el rigor lógico de las ciencias, y un estrecho contacto con la lógica (por eso ha sido llamado positivismo lógico).

Esta mentalidad se extendió rápidamente por Inglaterra y Estados Unidos, de modo que las principales universidades americanas pronto establecieron planes de estudio de acuerdo con esta manera de entender la filosofía. En pocos años, se difundió en los principales ambientes anglosajones y, a partir de allí, en muchos otros ámbitos culturales.

El instrumento fundamental de la crítica del positivismo lógico a la metafísica fue el llamado «Criterio empirista del significado» o «Principio de verificación», que sostiene que las proposiciones con

sentido (o significativas) son de dos tipos: las propias de la lógica y las matemáticas (analíticas, a priori) y las fundadas en la observación empírica (a posteriori). Fuera de estas, no habría verdadero saber.

No se trata de que las proposiciones que no sean de uno de estos dos tipos sean falsas, sino que son simplemente sinsentidos; no son ni tan siquiera falsas, porque para considerar falsa una proposición primero hay que entenderla y, por tanto, tiene que tener sentido.

La aplicación del principio de verificación en metafísica tuvo efectos devastadores, pues sus proposiciones no son analíticas (como «los solteros son hombres no casados», que es verdadera por definición) ni empíricamente verificables. Por tanto, según ese principio, las proposiciones metafísicas son frases sin sentido, simples balbuceos incomprensibles.

De hecho, Carnap, en uno de sus artículos más conocidos, *La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje*, saca una conclusión que pretende superar definitivamente la metafísica:

> Ya que la metafísica no desea establecer proposiciones analíticas ni caer en el dominio de la ciencia empírica, se ve compelida bien al empleo de palabras para las que no ha sido especificado ningún criterio de aplicación, y que resultan por consiguiente asignificativas, o bien a combinar palabras significativas de un modo tal que no obtiene ni

> proposiciones analíticas (o, en su caso, contradictorias) ni proposiciones empíricas. En ambos casos, lo que inevitablemente se produce son pseudoproposiciones.

Esta concepción positivista produjo desde el inicio muchas perplejidades, también a los más radicales cientificistas, sobre todo porque el propio principio de verificación no conseguía superar el filtro exigente por él mismo impuesto: para que tuviese sentido, el principio tendría que ser verificable o analítico; pero no es ni lo uno ni lo otro.

Por tanto, si el principio de verificación fuese verdadero, él mismo carecería de significado. En realidad, este principio no fue admitido pretendiendo dar de él una justificación racional, sino por prejuicios pragmáticos, derivados de un interés exclusivo por la ciencia, que los llevaba a considerar que esa era la única fuente válida de conocimiento.

Esta concentración del interés y de los esfuerzos intelectuales en el ámbito científico explica también un fenómeno innegable: que el porcentaje de ateos y agnósticos entre los científicos sea más alta que la media.

En un conocido sondeo de 1996, Edward J. Larson (historiador) y Larry Witham (periodista) propusieron la pregunta que ya en 1914 James H. Leuba (psicólogo) había hecho a un grupo suficientemente representativo de científicos. Los resultados han sido muy

semejantes: en los dos casos, los que se declaraban ateos o agnósticos eran en torno al 60%, muy por encima de la media entre no científicos. En un sondeo más reciente, los mismos autores han comprobado que, en el caso de científicos especialmente influyentes como son los miembros de la *National Academy of Sciences*, los ateos o agnósticos eran un 93%.

Por desgracia, estos datos a veces son usados como un argumento de autoridad a favor de la no existencia de Dios, suponiendo que la opinión de los grandes científicos, también en ámbitos que no son de su especialidad, goza siempre de autoridad.

De hecho, no son pocos los científicos famosos que, con la seguridad de quien ha alcanzado grandes éxitos en su propio ámbito de investigación, se creen en el derecho de hablar *ex cathedra* también acerca de temas en los que no tienen competencia alguna.

Pero hay que reconocer que, del mismo modo que un futbolista que ha ganado el *Balón de Oro* no por ello tendrá opiniones fundadas sobre la vida política del país; un Premio Nobel de Física, si no aprende a usar otras metodologías, no tendrá opiniones suficientemente justificadas en cuestiones no científicas.

A veces se contraargumenta sosteniendo que estos científicos han alcanzado la madurez intelectual, de modo que gozarían de autoridad también en ámbitos diversos al de su especialidad.

Sosteniendo esta tesis, coherente con una interpretación evolucionista de la historia de las ideas, se olvidan de los muchos científicos que todavía hoy se declaran convencidos de la existencia de Dios, y a los que ciertamente no se puede acusar de inmadurez intelectual; y, sobre todo, no se tiene en cuenta que los científicos ateos no lo son a causa de sus descubrimientos científicos: en el laboratorio no se pueden hacer experimentos que comprueben la no existencia de Dios.

Su tendencia a no admitirla deriva más bien de que, por el hecho de usar una metodología muy eficaz, pueden fácilmente infravalorar otras formas de conocimiento que no tienen ese mismo modo de argumentar ni esa capacidad de predicción. Como afirmó Gilson en *El difícil ateísmo*, son entonces «espíritus ocupados exclusivamente de problemas científicos tratados con métodos científicos» que, muchas veces sin darse cuenta, presuponen que lo no cognoscible con el método científico simplemente no existe.

El fideísmo comparte con el agnosticismo la desconfianza en el uso metafísico de la razón para conocer a Dios, aunque el fideísta cree por fe que Dios existe. Esta tesis aparece en pensadores tan variados como Pascal, Kierkegaard y Wittgenstein. En ambientes católicos, el fideísmo ha estado presente, sobre todo en el siglo XIX,

en pensadores como Bautain[3] y Bonnetty[4]. Su modo de pensar se suele llamar tradicionalismo, por el papel que asignaban a la tradición en la transmisión de una presunta revelación primitiva.

Este fideísmo latente en el pensamiento de autores profundamente cristianos se comprende teniendo presente, como dice Gilson, que:

> plegándose bajo la violencia del ataque [de la Ilustración], muchos cristianos cometieron el error de aceptar el planteamiento del problema elegido por sus adversarios. La razón se alzaba contra la fe y la tradición, y, por consiguiente, pensaban ellos, era su enemiga. La mejor respuesta

---

[3] Filósofo y teólogo, nació en París, el 17 de febrero de 1796; murió allí el 15 de octubre de 1867. Luego de un curso en la *Ecole Normale*, donde fue influenciado por Cousin y Jouffroy, se convirtió en profesor (1819) de filosofía en Estrasburgo. Tres años después emprendió el estudio de la medicina y finalmente la de teología y fue ordenado sacerdote (1828). Como director del seminario en Estrasburgo, al principio se distinguió por su obra en apologética, especialmente contra el ateísmo y el materialismo. Sin embargo, se interesó principalmente en el problema de las relaciones entre la fe y la razón, respecto al cual aceptó el punto de vista del fideísmo y el tradicionalismo, y redujo al mínimo la función de la razón. La revelación divina, afirmaba, es la única fuente de conocimiento y certeza. En consecuencia fue obligado a firmar (18 de noviembre de 1835) seis proposiciones que contenían la doctrina católica sobre la fe y la razón.

Después del examen en Roma de su obra, *Philosophie du christianisme* (París, 1835), Bautain firmó (8 de septiembre de 1840) otras seis proposiciones que diferían levemente de las de 1835. Finalmente, en obediencia a la Congregación de Obispos y Regulares, prometió (26 de abril de 1844) no enseñar que la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma, los principios de la metafísica, y los motivos que hacen a la revelación creíble están más allá de alcance de la razón sin ayuda. Bautain fue nombrado vicario general de París (1850) y enseñó en la Sorbona (1853-62).

[4] Filósofo francés (Entrevause 1798-París 1879). Estudió teología y luego se dedicó, como laico, a la defensa de la fe cristiana. Fue seguidor de un tradicionalismo espiritualista y entró en controversia con el enfoque escolástico . Fue obligado por la Congregación del Índice a retractarse de estas posiciones, por estar imbuidas de un excesivo fideísmo , ya firmar cuatro proposiciones, que entre otras cosas afirmaban la no contradicción entre la fe y la razón. En 1830 había fundado los Annales de la philosophie chrétienne. Su obra principal es: Le christianisme et la philosophie (1845).

que pudieron imaginar fue, a su vez, alzar la fe y la tradición contra la razón.[5]

Sobre la no evidencia de Dios, hay que recordar que dentro de la filosofía racionalista no es infrecuente la afirmación de que existe una especie de intuición intelectual, independiente de la experiencia, a través de la cual se podrían conocer verdades metafísicas; y se ha sostenido también que Dios es tan evidente que no sería necesario probar que existe, pues habría un conocimiento intuitivo inmediato de Él, que haría evidente su existencia.

De modos diversos, una idea de este tipo ha sido defendida por pensadores como Lutero y Jacobi, pero también por los ontologistas (Malebranche, Gioberti), según los cuales la existencia de Dios es evidente para el hombre.[6]

No tendría sentido intentar demostrar a partir de las criaturas que Dios existe, pues son las propias criaturas las que no son cognoscibles sino en cuanto que conocemos a Dios. Esta tesis de la evidencia de Dios queda refutada por el hecho de que haya personas que buscan a Dios sin encontrarlo. La existencia de Dios no es evidente para nosotros. Ahora bien, la no evidencia de Dios es para

---

[5] GILSON, *El filósofo y la teología*, pp. 95ss.

[6] En un decreto del Santo Oficio del 18 septiembre de 1861, DS 2841ss, se condenan algunas proposiciones ontologistas, de las que la primera es esta: «El conocimiento inmediato de Dios, al menos habitual, es esencial al entendimiento humano, de suerte que sin él nada puede conocer».

algunos, prueba de su no existencia, porque, en el caso de Dios, la ausencia de evidencia sería evidencia de ausencia.

No es fácil resolver esta cuestión del ocultamiento de Dios, es decir, comprender por qué Dios se podría no preocupar de que algunos hombres lo ignoren, si es verdad que la felicidad de estos consiste precisamente en conocerle. La respuesta a este problema tiene que tener presente que no está claro que sería mejor para nosotros que Dios fuese más evidente. No toda persona que supiese con certeza que Dios existe lo adoraría. Además, el fin último de la vida del hombre, ciertamente, no es ver a Dios en esta vida, y menos aún poder demostrar racionalmente que existe.

Sobre la **posibilidad de conocer a Dios** entonces, decimos: que Dios no sea evidente para nosotros no significa que no lo podamos conocer. A través de la teología natural se puede mostrar que a partir de la experiencia y por medio de las criaturas podemos saber que Dios existe y afirmar algunas cosas de Él.

Como ya hemos visto, para poder fundar las argumentaciones de la teología filosófica, hay que ir más allá de las ciencias empíricas o naturales, que describen la naturaleza desde una perspectiva científica.

Por medio de los métodos científicos se han ido cosechando éxitos notables, pero hay que reconocer que las ciencias no dan respuesta a

muchas preguntas verdaderamente fundamentales. Como dijo Wittgenstein en su *Tractatus*: «sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo».

Si no queremos concluir que ninguna de esas preguntas tiene respuesta, como hace el propio Wittgenstein, tenemos que probar que hay verdad y conocimiento también fuera del método científico y, en particular, que es posible un uso metafísico de nuestra inteligencia para hablar de Dios.

En este curso basta tener en cuenta que, para poder admitir esta perspectiva metafísica, es necesario superar el reduccionismo cientificista. La teología natural tiene su propia metodología, que es una búsqueda de los principios y las causas sin las cuales no se pueden explicar algunos de los fenómenos de nuestra experiencia.

Ciertamente, la filosofía no puede alcanzar una certeza matemática, pero tampoco lo necesita. A su modo, sus pruebas pueden ser suficientemente convincentes, mostrando que el teísmo es la única explicación válida (o, al menos, la mejor o más plausible) de muchos fenómenos conocidos en la experiencia.

En definitiva, del mismo modo que la física moderna llegó a concluir que existen agujeros negros aún sin haberlos percibido, el metafísico puede también deducir la existencia de Dios sin tener un

conocimiento directo de Él. El razonamiento es en ambos casos similar, y llega a la conclusión de que la existencia de algo (agujeros negros o Dios) es la mejor explicación, o la única posible, de algunos fenómenos observables.

Este tipo de aproximación a la metafísica defiende una razón que es moderadamente fuerte, es decir, que no es tan débil que no pueda hablar de Dios, ni tan fuerte que pueda conocer la Esencia divina. Conscientes de los límites de nuestra capacidad racional, podemos reconocer que Dios es demasiado grande para que pueda ser comprendido (es decir, perfectamente conocido) por nuestra mente, que queda deslumbrada frente a las realidades máximamente evidentes.